Patán

MONÓLOGO PARA UN PERRO CUYA VIDA ES SUEÑO

PATÁN
EL MONÓLOGO

Él.

El perro Patán. 4 años y medio. En vida de perro la madurez más absoluta. Entre 35 y 40 kg.

Un poco de rottweiler, algo de viejo pastor inglés, quizá un gran maltés en algún abuelo y es probable que haya más razas, de los perros medianos, sobre todo.

¿Dónde?

El hemisferio occidental. Vive con Lara y Claudia en una casa de clase media.

¿Cuándo?

En las últimas horas, minutos, segundos.

Pieza recomendada para mayores de 11 años.

***Se incluyen fragmentos de *La vida es sueño*, de Pedro Calderón de la Barca. Y una paráfrasis del poema McDonalds de Julián Herbert.**

Para Maya. Mi mejor amiga, siempre.

—0 —

Patán.

Ya no soy tan joven; así que he ido subiendo de peso, pero sigo ágil. Soy una mezcla de mezclas, como es evidente. Un mestizo. Un poco de rottweiler, algo de viejo pastor inglés, creo que hubo un gran maltés en algún abuelo o abuela y es probable que en mis genes haya más razas, de los perros medianos, sobre todo.

Tengo buen olfato y mejor oído. Nací en la protectora de animales "Sonrisas caninas" o eso me han dicho; Claudia tiene una foto conmigo ahí; yo apenas era un cachorro… ¿No nacieron los demás? Pues si los demás nacieron, ¿qué privilegios tuvieron que yo no gocé jamás?

En la foto me veo asustado, no tenía idea que ese fue el comienzo de una gran vida. Quizá fue el mejor día de mi vida. Porque ahí me adoptaron o más bien me rescataron, me quitaron la cadena que me tenía atado a un jaula y me llevaron a su casa, mi casa ahora. Oficialmente pertenezco a Claudia, pero toda la familia me pertenece o yo a ellos, no sé bien. Me gusta pensar que son mi manada. Que me toca ser el macho dominante; aunque está claro no soy el proveedor, para eso están los jefes de familia. Yo solo los cuido.

Primero, cuando llegué aquí decían que era de las razas gigantes, ahora dicen que soy del grupo de razas "sólo grandes". No sé; me cuesta un poco calcular mi tamaño. Me alimentan con enormes costales de comida para perros: "Adultos, razas grandes". Es todo lo que yo tengo que saber, lo demás me lo explica mi doctor, Agustín.

Sí, mi veterinario se llama Agustín. A veces sueño con él; sueño que le muerdo la cara y llora; llora como lloran los humanos, con lágrimas y mocos y después se tira al piso y se esconde debajo de la mesa de escritorio y gime mucho rato, hasta que lo perdono. Después despierto. Siempre despierto. Me gusta despertar y suspirar y bostezar y tratar de volver a dormir, excepto cuando tengo hambre. Entonces sí me despierto-despierto. También cuando tengo que ir a mear o cuando quiero escuchar música a todo volumen y cantarla o descargar una película desde iTunes. Abro los ojos por completo y me levanto. Me sacudo, siempre me sacudo hasta que siento como me revolotean las carnes. Me gusta sentir cómo se mueven, cómo rebotan. Me gusta ese sonido… Tsss…Tsss… Entonces es hora de comenzar el día…

— I —

Patán aparece saltando y haciendo slam *con su sombra, los muebles o lo que tenga a la mano. Se escucha el mejor punk de la lengua castellana.*

Patán.

¡Mucha policíaaaa!

¡Poca diversión! ¡Poca di-ver-si-ón!

¡Un error! ¡Un error!

Uyyyy… Qué gran rola… ¡Porque mucha policíaaaaaa!...

¿Qué? ¿No les gusta? ¡Punk o muerte, bandaaa! ¡Viva el punk! ¡Viva el punk! Dije…

Porque mucha policía y poca diversión… Es un error, un error…

¿No sabían que soy un canido antisistema? Sí, poco a poco me fui haciendo punk.

A ver, ¿acaso no han visto que cuando ustedes se van de casa, cuando cierran la puerta y dejan a su perrito dormido en el sofá, enseguida éste pone a todo volumen la música que más le gusta?

¡Y comienza la fiesta!

¿Cómo? Ustedes no tienen discos de punk en su casa… Vaya, vaya, con razón tienen perritos tan depresivos.

Los canes saludables, lindos, esbeltos, sin pulgas y que arrojamos heces consistentes cada seis horas somos los que escuchamos punk radical, punk prohibido, anti sistema, anti capitalista…

¿Entendido?

Mañana mismo van y compran una colección del mejor del punk del mundo. Verán cómo lo agradecen sus cachorros.

Justamente hoy he venido a hablarles del mejor grupo de punk del mundo: Eskorbuto.

¡Aquí tengo sus discos! Hasta en vinil…

Los escucho siempre que puedo, es decir cuando la gente que vive en mi casa sale para darme un descanso. Dicen que van a trabajar o a la escuela. Mentira, saben que necesito mi propio espacio, por eso se van.

Son mis súbditos, pero ellos no lo saben. Y salen uno a uno por la puerta.

¡Entonces yo pongo rock vasco a todo volumen!
¡Soy fan de Eskorbuto! ¡Eskorbuto, hazme un hijo! ¡Arreeee!

Baila un poco más. La música sube.

¡Dejad que los niños se acerquen a Eskorbuto, si señor! Buahhhh…

Entra el aullido triste de otro perro, que interrumpe la música.

A ver, a ver, ¿y ese sonido? ¿De dónde viene?
Me perturba…
Lleva unos días así. Cada vez que pongo una de mis rolas, comienza a aullar. Y cuando no las pongo también. Y cuando me duermo, también. Y cuando manoseo a Odín, mi peluche, también.
A veces me despierta en la noche o me despierta en la mañana o en la tarde. Siempre me jode el sueño ese aullido triste.
Desconsolado.
Llegó hace no mucho a la casa de enfrente. Es un perro raro; no se relaciona. No sé qué le ocurre…
También es enorme. Es un bicho realmente grande y gordo. Me intimida un poco, no lo niego. Desde aquí lo huelo y definitivamente tiene un PH potente.
Creo que es un macho dominante.
Muy dominante.
Mejor me quedo tranquilo. Soy anti sistema pero tampoco me gustan los problemas.
Soy radical pacifista, digamos. Vegetariano que come carne los domingos.

El aullido se incrementa.

Y sí, lo ignoro.
Lo ig-no-ro. Lo ignoraré. Lo estoy ignorando.
Lo-ignoro-lo-ignoro-lo-ignoro…

Aprendí a ignorar el ruido de la lavadora, de la licuadora, de la secadora de cabello, de la música pop…
Puedo ignorar este ruido también.

El aullido no cesa. Patán abre sigilosamente la ventana.

A ver…
¿Señor? ¿Señor? Buenas tardes…
Disculpe la intromisión, ¿puedo ayudarle en algo? He notado que está un poco inquieto.
Sí… Resulta que tengo unos invitados. Les iba a dar una charla sobre punk radical vasco y usted me interrumpe…
Sí, soy Patán, el dueño de esta casa… En realidad sólo quería ponerme a sus órdenes, meter la cola entre las patas, bajar un poco la mirada y decirle que puede mear la fachada y la puerta de mi casa cuando guste, pero por favor deje de aullar… Por favor…

Silencio. Patán está escuchando la respuesta del perro vecino.

Ah… Bien… Perfecto señor, lo entiendo… El placer ha sido mío… Encantado, eh… Sí, Patán Ramírez a sus órdenes. Aquí nos escuchamos.
Toma, toma, tomaaaa…
Vaya. Qué internacional se está poniendo este barrio.
Nada más llegué yo y se cotizó bastante la calle.
Resulta que ese animal es un mastín español.
Con razón su aullido sonaba distinto… Muy castellano. Con la ce y la zeta en la garganta. No era como el aullido de la perrada vulgar que ya conozco.
No; suena diferente.
Parece un buen tipo.
Y aúlla porque está desesperado. Lo dejaron en la azotea de esa casa, desde hace días.

Al parecer los nuevos vecinos se fueron a quién sabe a qué… Y lleva una semana ahí arriba.

Le dijeron que necesitaban un perro policía. Para cuidar la casa.

Así que estaba primero, vigilando. Aullando después.

Por eso no puede bajar a mear en la calle.

Y tiene sed.

Y hambre, como es lógico.

Pocas cosas me indignan tanto como ver un perro en la azotea. Sin casa, sin jardín, sin postes para mear. Sin caricias. Sobre todo sin caricias.

Esos colegas que nada más se pudren al sol. ¿Para qué quieren un mastín español si lo van a dejar allá arriba?

Pobrecillo… Y yo presumiendo mi colección de discos. Y ese camarada solo tiene el agua de lluvia para beber.

¿Y cuándo no llueve? ¿Qué hace?

Se escucha otra vez el aullido. Patán lo verbaliza.

¿Lo escuchan? Sí… Yo también…

Caray…

¡Ay mísero de mí, ¡ay infelice! Apurar, cielos, pretendo. Ya que me tratáis así, qué delito cometí contra vosotros naciendo. Aunque si nací, ya entiendo qué delito he cometido…

Pues el delito mayor del perro es haber nacido.

Patán mastica el verso clásico, imitando al vecino. Se ve afligido. Apaga por completo la música.

— I I —

Se ve inquieto a Patán, se mueve incesantemente. Al parecer no puede dormir.

Patán: Yo era de esos perros ingenuos, no lo niego. De esos perros bobos, bien acariciados, un poco mimados, alimentados tres veces al día y con todas las vacunas al corriente.

Nunca una garrapata. Pulgas ocasionales. Collar con mi nombre.

Revisiones periódicas del veterinario; cada cierto tiempo sus manos a mi abdomen y un estetoscopio; entonces le soltaba un gruñido. Sus dedos después me levantaban las encías, me revisan los colmillos y le soltaba un gruñido más fuerte… Ganas de morderlo que se contienen en el interior de mi encía y de mis glándulas salivales; ganas de despertar al lobo que llevo dentro que se hacen baba, saliva fresca y espumosa.

Y sus manos en mi entrepierna… Y casi una mordida, mis orejas se levantan, posición de pelea. Y entonces el típico: "Patán, quédate quieto, ya está bien". "Patán, no te hagas el gracioso". "Mira, Patán, te voy a dar", de mis chicas; mis dueñas.

Y bajar la mirada. Esperar a que Agustín, mi veterinario, me ausculte.

Incluso me castró, Agustín se atrevió a meterme mano hace unos años, cuando era apenas un cachorro. Ahora me alegro, me evitó el uso de anticonceptivos y no tengo hijos perdidos que me reclamen.

Y a las perras que me gritan por la calle: Patán, hazme un hijo; les respondo: Los siento nenas, este aguijón ya no tiene veneno. Lo haría por puro placer. A muchas ya no les interesa; sé lo que realmente quieren: Mi preciado material genético.

Pero hay algunas perras evolucionadas que levantan la cola cuando les digo que estoy castrado, tampoco quieren descendencia y se dejan olfatear y revolcar en el parque. Me gusta revolcarme, qué puedo decir. Sobre todo me ponen cachondo las san Bernardo. Ayyy…

Ahí sí me pongo muy, muy bruto, cuando veo una comienzo a salivar... Pero nada, mi veterinario cerró para siempre la fabrica de patanes.

Y dicho sea de paso, Agustín no es cualquier veterinario, el mío es bueno, bastante feo y arrogante como casi todos los humanos macho, pero debo reconocer que hace bien su trabajo, de clínica privada con cita previa y todo. Peluquería canina y desparasitación.

Un auténtico lujo.

Claudia y Lara, mis súbditas, siempre me han tratado bien. A veces más, a veces menos.

Yo era, yo soy de esos perros fresas, lo acepto. Fresa pero con conciencia social.

De esos perros bonitos, bien educados, cultos, con posgrado en provocar ternura e instruidos en el arte de lamer a los extraños a la menor provocación. De los que se acuestan en la entrada y bajan las orejas cuando es necesario. De esos perros a los que nos compran un suéter en invierno.

Perros con perfil en Facebook. Conexión a internet de alta velocidad. Smartphone de última generación. Whatsapp descargado y aplicaciones sobre cómo cuidar mi salud.

Un perro con patio, jardín pequeño y dos árboles favoritos para mear. Un amoroso oso de peluche para divertirme, Odín, mi hembra de hilos, el gran amor de mi vida. Siempre fiel, siempre estoico, siempre cariñoso.

Un sofá en el cual restregarme de vez en cuando para mitigar el hastío, para hacer ruidos extrañísimos, para sacudirme el día a día.

Un hermoso sofá rojo.

Y mis discos de punk. Una colección completa y hermosa.

Yo era uno de esos perros. Ustedes me han visto corriendo feliz en el parque, oliendo sus traseros, ladrando escondido para asustar a los transeúntes.

Yo soy aquel. Aquel de quien hablan las escrituras.

Yo soy.

Patán, el perro burgués.

Patán, el perro anti sistema que se manifiesta desde las redes sociales.

Patán, el perro radical que le tiene miedo a las palomas.

Yo soy patán, el que nunca ha pisado la calle sin correa.

Corre alterado. Patán no se ve tranquilo.

¡Pensaba que todo estaba hecho para mí! ¡Para nosotros!

Los postes, para dejar una huella, las ventanas de los coches para sacar la cabeza, los humanos, para alimentarnos. Todo estaba fabricado para nuestra felicidad, para nuestro disfrute.

Los cojines, para morderlos, los zapatos para morderlos con aún más furia, las pelotas para destazarlas, la basura para sacarla de la bolsa y verificar que efectivamente es basura y no comida, los globos para reventarlos. ¡Los calcetines para esconderlos! ¡La tierra para hacer agujeros en ella!

Pensaba que así como yo era el macho alfa de mi familia, todos los perros como yo reinábamos en nuestra pequeña o gran morada.

Y hace unos días llegó un mastín español. Aquí, a la casa de enfrente, que estaba desocupada. Día a día vi cómo el pobre se volvía loco.

Segismundo, se llamaba.

Y sí, soy consciente de que hablo en pretérito, digo que se llamaba porque hace unas horas murió. No aguantó más y apagó definitivamente su ladrido. Se dejó ir.

Acomodó su enorme cuerpo en el concreto, lanzó un último aullido seco, vibrante, se despidió de las estrellas que fueron su techo, sacó un poco la lengua, se humedeció la punta de la nariz por última vez y después no olfateó nada más.

Antes repitió incesante:

Pues si los demás nacieron
¿qué privilegios tuvieron
que yo no gocé jamás?
Nace el ave, y con las galas
que le dan belleza suma,
apenas es flor de pluma
o ramillete con alas,
cuando las etéreas salas
corta con velocidad,
negándose a la piedad
del nido que deja en calma:

y teniendo yo más alma

¿tengo menos libertad?

Segismundo, no te claves, ya pronto te van bajar, le decía yo. Tratando inútilmente de animarlo.

Y él seguía ahí, encima; en la azotea de noche y día. Con frío, lluvia y tormenta. Esperando a sus dueños, suspirando por ellos, que no llegaron a tiempo. Que nunca volvieron para él. Lo dejaron ahí para que cuidara la casa.

Oye, Patán, los humanos no son de fiar eh; te lo digo yo, que he vivido lo suficiente con ellos. Me repetía y me repetía.

Y yo no le creía, yo Patán, el perro bobo, el perro recién alimentado, le respondía: Ya van a venir por ti Segismundo y te van a bajar. Ya van a venir, macho. Resiste un poco. Y nada. Y nada. A cada día yo metía un poco más la cola entre las patas. Avergonzado.

Dicen que crecí mucho, que no esperaban que fueran tan grande. De cachorro me cargaban, me acariciaban, me querían, ahora adulto dicen que les quito espacio. Eso me decían los dueños anteriores. "Segismundo, ya estás muy grande, te queremos regalar a algún conocido, pero nadie te quiere y ocupas mucho espacio".

Y entonces me vendieron, me contaba él mismo. A unos tipos que necesitaban que cuidara su casa, lo vendieron.

Ésta casa que apenas conozco. Me dejaron un poco de comida. Un recipiente con agua y han venido ocasionalmente, por eso te digo Patán, que los hombres son malos por naturaleza. No son de fiar; yo no soy un caso excepcional, tío. Las calles están llenas de tipos como yo, que han ido abandonando, uno a uno. No les quieras tanto, chaval, en cualquier momento se olvidarán de ti y te subirán a la azotea, te perderán en alguna carretera o estarás vagando entre las calles, buscando restos de comida.

Y ahora me doy cuenta que un poco de razón tienes Segismundo amigo, que ya no respiras, que ya no te rascas con las patas traseras, ni te distraes ladrando a las palomas, que ya no puedes contarme chistes de perros gallegos, ni balbuceas, ni aúllas, ni te quejas. Nada. Nada.

Un poco de razón tienes, amigo, ¿cómo pudieron abandonarte ahí, compañero? ¿Cómo pudieron dejarte así estos humanos?

¿Por qué somos tan fieles y ellos tan poco, casi nada?

¿A mi también, cuando sea viejo, me van a subir a la azotea? ¿Dejarán que me muera al sol?

¿Qué se creen, los dueños de todo, los reyes de nuestro destino?

¿Qué hay quien intente reinar, viendo que ha de despertar en el sueño de la muerte?

Porque así llegué a saber que toda la dicha humana, en fin, pasa como un sueño, y quiero hoy aprovecharla el tiempo que me dure…

Yo vengaré tu muerte Segismundo amigo, compañero del alma; hasta la victoria canina siempre, compañero.

Patán levanta el puño izquierdo, totalmente sublevado, después aúlla; la imagen de la indignación.

— I I I —

La soledad. Debajo de un puente peatonal. Anaranjado sol de atardecer. Después el paisaje urbano.

Patán.

Mal recibe la calle a un extranjero.

Me escapé. Sí, sí, me escapé. ¿Y qué? Estaba muy alterado y necesitaba pensar más allá de los muros de mi casa, alejarme de Odín, de las caricias de mis chicas, de que me rascaran la barriga antes de dormir. Alejarme de la monotonía de las mañanas en las que me quedo solo.

Soñaba con escapar de la casa y formar un batallón de perros y quizá gatos, tal vez hasta se podrían unir caballos y hámsteres.

Un gran grupo de animales domésticos dispuestos a pelear por nuestros derechos, hacer asambleas públicas, convocar a debates sobre nuestra condición, de "mascotas", tener un grupo parlamentario y presentar iniciativas de ley. Y si no podíamos presentarnos a las elecciones, organizar barricadas, elaborar manifiestos, convocar a una guerrilla de animales de compañía.

Soñaba con cambiar al mundo. Por eso me escapé, por eso no lo pensé dos veces cuando vi que la puerta no tenía seguro. Soñaba con pasar de la teoría a la práctica. De Marx y Engels al Che Guevara, del Partido Comunista al Subcomandante Marcos, de Manu Chao al Perro Patán.

Ser el líder de una ideología transformadora que iniciaría el movimiento libertario animal, en memoria de mi camarada Segismundo, ya para entonces en mi cabeza nombrado el comandante Segismundo y fundar así la revolución canina. Los bolcheviques que ladran, #Yosoy132patanes y los indignados de cuatro patas. Convocar a todos los animales del mundo que están en contacto con los humanos, en circos, zoológicos, tiendas de mascotas, casas y ranchos.

Aquella mañana la mamá de Claudia estaba regando y acomodando las plantas del patio, atrás, esas que siempre me piden y me piden que las saque de las macetas y las muerda y las esparza por todo el jardín, sí, esas. "A ver, Patán, a que no nos muerdes y

nos sacas de estas macetas horribles e incómodas, a que no te atreves, te faltan huevos, Patán… Patán, te faltan huevos"… Ayyy; siempre caía en su trampa.

Y fue entonces cuando me escapé. La puerta estaba entre abierta, metí la nariz y se abrió, sin hacer mucho ruido, sin rechinar siquiera.

Salí caminando como cualquier humano, por la puerta principal de la casa. Me sentí importante, no lo niego. Me sentí dueño de mi destino.

Caminé calles abajo hasta la avenida. Ahí me senté a pensar en mi movimiento libertador, aunque más bien tenía frío y miedo en medio de tanta gente rara y del sonido de los autos y del transporte público furibundo y de los puentes peatonales, donde subían y bajaban señoras y niños y hombres y pubertos con uniforme.

Todo ocurre en ésta avenida, pensé.

¿Qué hago aquí? ¿Qué hago aquí? Me decía. Debería regresar a mi casa… Es tarde. Ya respiraste el aire de la calle Patán, ya eres un perro cosmopolita, me repetía; ya puedo regresar, ya debo regresar, ya debería regresar. ¡Patán! Hazte caso a ti mismo. Y vuelve. ¡Patán!

Pero yo estaba absorto. Mirando todo, con recelo. Mis intenciones de redimir el mundo de los cánidos y el mundo de los homo sapiens se iban apagando, en cambio se encendían de a poco las luces del alumbrando público. Pero no, no, no y no. Estaba muy confundido, muy triste, muy enfadado por cómo murió mi vecino Segismundo, por ver cómo lo abandonaron, cómo lo despreciaron y cómo ningún humano hizo algo, ni siquiera Lara y Claudia, ni sus padres. Nadie hizo nada. Nada de nada.

¿Acaso son desalmados los seres humanos o no tienen sentimientos? Brutos. Tenía que pensar mi relación con ellos, tenía que hacer un ejercicio de autoconciencia y para eso nada mejor que estar debajo de las escaleras de un puente, temblando. Con miedo a todo.

Temblando sí, pero ensimismado. Lo estaba tomando como si fuera un retiro espiritual. Como una clase de yoga en medio de la selva de concreto.

Y también porque estaba harto de mí, harto de ser ese perro semi burgués, de estar instalado en aquella zona de confort y sobre todo harto de la imagen contradictoria de mí mismo que provocaba el espejo inmanente de mi subconsciente, fuertemente arraigado en un sentimiento de profunda paradoja lacaniana: ¿Eres Patán el perro fiel

a tu manada humana o eres Patán, el heredero de lobos salvajes dispuesto a luchar por tu raza, que hable tu espíritu redentor de cánidos? ¿Eres Patán, el luchador social de la aldea global o el que está dispuesto a dar hasta la vida por los suyos, por los verdaderamente suyos?

Estaba muy confundido, ¿quiénes eran los míos? ¿A qué bando pertenezco? ¿Soy humano o soy perruno o soy un poco de ambos? ¿Acaso soy una especie de transgénero mamífero? Porque aunque no lo parezca soy de carne y hueso y pelo. Y tengo sentimientos y dudas socráticas e ideales, muchos ideales escondidos debajo de centímetros de pelo.

Ayyy, no debería pensar tanto. En realidad iba llegando a una poderosa conclusión: Era tan ingenuo… ¿Ingenuo el perro patán? Sí. Creía que los humanos vivían para mí, que su raza era noble y servicial. Pero no. También pueden ser unos cabrones, no solo entre ellos, eso ya lo tenía comprobado, cabrones con nosotros. Mal agradecidos. Cabrones y groseros, dijo una chica que pasaba por ahí. De pelaje blanco, ojos enormes y desafiantes, buen cuerpo, largas piernas y torso calculadamente seductor, arriesgado, de una vitalidad sorprendente.

¿Cómo te llamas? Me preguntó. Soy, Patán, Patán Ramírez, para servirle a usted. Y bajé de inmediato la mirada absorto en su belleza, metí el hocico entre las pezuñas. ¿Y por qué tiemblas? Me preguntó… Es porque estoy nervioso, le dije. Y porque quiero organizar un movimiento social animal libertador de profundas bases progresistas. “Ah, ya veo, ya veo. Otro pinche loco que quiere cambiar la perrera. Eres nuevo, ¿no?… ¿Y no prefieres dar una vuelta por ahí, carnal? Conozco bien esta zona, no te saques de onda. De paso te presento a unos camaradas como tú”.

Y así fue como salí a caminar con una chica de raza indefinida, sin collar. Mezcla de mezclas, como yo. Me contó que también se había escapado de casa. Que estaba harta de los humanos, que la habían lastimado; mucho. Que la habían golpeado sin razón, que la tuvieron atada por días, que le pegaban con la propia cadena, hasta que el dolor era insoportable y gruñía. Que cuando dejó de ser cachorra se aburrieron de ella y no la cuidaban como merecía, como necesitaba. Se fueron olvidando de llevarla al veterinario, las vacunas, los baños, los paseos. Pasó de ser un juguete a un estorbo. No la dejaban salir a mear al parque pero la regañaban si orinaba adentro de la casa.

Entonces un día se hartó, igual que yo y se fue a buscar fortuna, aventurera ella, con el brazo izquierdo bien levantado.

Me parecía la hembra más sexy del mundo, incluso cuando se rascaba detrás de la oreja o cuando se lamía las pequeñas heridas de las manos o cuando escupía una pulga o un mosquito, era bellísima. Hermosa y contracultural y progresista.

Ahhh… La perra ideal.

"En la calle hay todo tipo de peligros, nada más al caminar, vas a encontrar cristales rotos, que te pueden herir, metales de todo tipo, chicles que se te pagan a las patas y hasta cigarros mal apagados, me decía. Cuidado". Y yo la escuchaba con atención súbita y sentía cómo poco a poco me iba enamorando, en cuestión de segundos. "Los humanos no se dan cuenta porque llevan zapatos. En la calle ten cuidado de todo, de la basura de los humanos, de las calles mal hechas por los humanos, de los coches de los humanos, del humor de los humanos y de todo lo que tenga que ver con ellos".

Yo asentía. Iba aprendiendo. Ahora estaba del otro lado, del lado de los sin casa, sin comida, sin computadora.

"Mira, los humanos son de lo peor. Solo quiero decirte que ellos, como especie, nos deben la vida". ¿Y eso por qué?, le respondí yo, con las orejas abajo. "Muy fácil, sin nuestros ancestros lobos, que se dejaron domesticar, sin los primeros perros domesticados, estos humanos endebles, que no corren, que no tienen pelo, que no saben trepar árboles no habrían durado más de dos generaciones."

Y claro, recordé mis primeras lecturas de Darwin. Evidentemente soy un perro darwinista y la evolución es uno de mis tema favoritos en el discovery chanel. Nosotros nos aliamos con los humanos, para sobrevivir, ellos nos dejaban un poco de comida, nosotros los protegíamos de los depredadores, les avisábamos y al mismo tiempo lo acompañamos del desierto al polo norte. ¿Y así nos pagan, carajo?

La chica anónima tenía razón. Su belleza era total, helénica: Hermosa de las patas al cráneo, por dentro y por fuera. Inteligente, culta, informada, muy atractiva y con la lengua rojiza y larga. Además bienoliente.

Ahhh. La perra ideal.

¿Qué más se puede pedir en una hembra?

Y claro, seguíamos andando y platicando, por zonas que yo desconocía o que sólo había visto a través de google maps. Hasta que llegamos a un parque, donde había otros chicos, que estaban haciendo una acampada. ¿Quieres dormir aquí, con la banda? Me preguntó ella…

Yo ya estaba convertido en todo un aventurero, claro que sí, dije. La calle parecía peligrosa, pero no tanto. Los humanos que antes me parecían buenos, no lo eran tanto. Lo cierto es que también tenía sed y hambre, pero me aguantaba. También me aguantaba las ganas de ir corriendo a mi casa y suplicar volver, regresar a mi jardín de clase media. Todo lo hacía por el movimiento libertario y las bases caninas. Y por amor.

Porque ella, cuyo nombre me fue revelado horas después: "Soy Maga. Vamos a dormir, es tarde".

¡Maga colocó de pronto su cabeza en mi lomo! Increíble. Y así nos quedamos dormidos, toda la madrugada, apretados, el uno junto al otro, pelaje con pelaje, cola sobre cola.

Yo estaba tan nervioso que no podía dormir, ni moverme.

Maga, una hermosa hembra mestiza respiraba muy cerca de mi hocico. ¡Su pelaje tocaba el mío, sus pezuñas descansaban muy cerca de las mías, sus pulgas me invadían!

Ahhh. La perra ideal.

¿Cómo iba a regresar a mi casa si una doncella de raza mediana de máximo dos años y medio había puesto toda su dentadura encima de mí? ¿Cómo? ¿Acaso no es el amor escuchar la respiración de una hermosa perra antes de dormir y que te arrulle el sonido de su tierno ronquido?

Patán duerme.

— I V —

En algún lugar de los sueños.

Patán:

Maga… Cada vez que te veo nueva admiración me das y cuando te miro más, aún más mirarte deseo. Ojos hidrópicos creo, que mis ojos deben ser, pues cuando es muerte el beber, beben más, y desta suerte, viendo que el ver me da muerte, estoy muriendo por ver. ¡Pero véate yo y muera, que no sé, rendido ya si el verte muerte me da, el no verte que me diera! Fuera más que muerte fiera, ira, rabia y dolor fuerte. Fuera muerte. Desta suerte, su rigor he ponderado, pues dar la vida a un desdichado perro, es dar a un dichoso Patán tu frente.

Sí, más de una semana entera estuve viviendo en la calle, con ella. Maga. La perra ideal. La perra más guapa, más sexy, más ruda, más progre. La perra de nuestros sueños, de nuestra vida de ensueño. ¿Y qué es la vida? Un frenesí.

¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción;
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño
y los sueños, sueños de perro son. ¿No?

Días alucinantes. Llenos de emociones, no todas buenas, pero todas desafiantes.

Ella conocía la ciudad, era su laberinto favorito, decía.

Antes me advirtió: “No te claves Patán, no quiero nada formal. Soy una perra libre, sin compromiso”.

¿Acaso no somos animales diseñados genéticamente para la fidelidad? “Yo no; esa es una imposición de los humanos”.

¡Mierda! Yo hice lo contrario. Yo no me clavé. Me súper clavé. Me fui de cabeza, me dejé llevar, caí en el pozo sin fondo del amor.

Comíamos juntos los sobrantes que dejaban los humanos en los mercados, bebíamos agua de una fuente pública, corríamos de madrugada en un estacionamiento enorme y vacío. Perseguíamos a las palomas en el parque.

Nos lamíamos las heridas, nos revisábamos la cola, apretábamos juntos la mandíbula y ladrábamos en el mismo tono cuando hacía falta.

¡Sus patas eran las mías, sus bostezos, sus gruñidos, sus sonrisas me daban vida!

No importaba comer mal, oler a calle sucia, caminar sin descanso. Lo importante era besarla, un lengüetazo inesperado detrás de un árbol, dormir estrechados debajo de un coche de madrugada, esperarnos el uno al otro para cruzar las avenidas. Olfatearle detrás de la oreja al despertar y escuchar su ladrido-sonrisa. Estar embelesado por sus colmillos, por sus bigotes, por las manchas en su barriga.

Nunca te enamores de un kilo de carne molida, nunca te enamores de este polvo enamorado… Nunca te enamores de la muerte, su lujuria de doncella, su sevicia de perro… Nunca te enamores de un kilo de carne molida. Nunca, No.

En ese momento yo no la entendía, solo la escuchaba regocijado recitando poemas callejeros.

Todo el tiempo me recriminaba a mí mismo: Patán, qué haces aquí, qué haces aquí, Patán… regresa con Lara y con Claudia. Tampoco tenía ganas de volver. Estar más allá de los lugares conocidos me erizaba el pelaje, me agudizaba la vista, me hacía levantar las orejas más allá de lo normal, estar alerta, sentirme vivo.

Fue una semana de rondar los lugares por donde los humanos podrían haber dejado comida, "pero ten cuidado, alguna comida de humanos tiene veneno, especialmente la carne molida", me advertían los compañeros, "porque nos quieren matar". Y entonces casi no comía, por desconfianza. "La calle es territorio de nadie, no confíes en ningún humano". Una semana para aprender a huir de los "cabrones de la perrera, porque te atrapan y después te matan". Una semana de escuchar el silbido de los coches y las alarmas y las sirenas de la policía. Una semana de correr, una semana de ser pateado por los humanos, de ser insultado: "perro callejero, vete de aquí. Fuera". Una semana de bajar las orejas, de llorar un poco, de aullar para adentro, como no queriendo.

Una semana de sentir tantas cosas, no todas buenas, una semana de ser el perro punk que realmente quería ser, aunque sin los arrestos suficientes como para iniciar mi movimiento político. Días que se hacían largos, pero los afrontaba con actitud,

Y temblaba, pero seguía, apuraba el paso y seguía. Apretaba la dentadura y caminaba esquivo, desconfiado, moviendo la cola, queriendo quedar bien con la gente. Y con Maga.

Con ella todo lo malo no parecía tanto. Todo lo gris parecía más bien un blanco sin brillo. Con Maga mi sangre daba vuelta al cuerpo a mil por hora.

Nos revolcábamos en el parque, debajo de los coches, en los callejones, atrás de la zona industrial. No solo nos queríamos, nos deseábamos. Y el deseo es cabrón, ya se sabe. Nos metíamos la lengua, ladrábamos de furia y de ganas. Mi cola vibraba con la fiereza de un lobo. Me montaba en su lomo y la cabalgaba como un vaquero indomable, un furioso perro de ciudad.

Aullaba su nombre al alba y al ocaso: Magaaa.

Enloquecí de amor, como una rabia sin espuma ni bacterias, un parvovirus que no te mata, te calienta, como un brote de algo que no puedes ver, pero no te deja dormir, ni caminar sin sonreír.

Una noche Maga me llevó a una calle triste donde muchas chicas humanas esperaban a que un humano macho las contratara para montarlas. Es decir, lo hacían solo por dinero. Yo ya había escuchado de éstas chicas, pero nunca las había visto. Su mirada estaba perdida en la tristeza de la calle.

Aún así algunas nos alimentaban. Estaban solas y vivían de y para la calle. Sabían que nosotros estábamos igual.

Y por la mañana vi a un grupo de niños que estaban también en la calle, de forma permanente. Subsistían limpiando coches, pedían dinero, extendían la mano entre los turistas. Eran solo unos cachorros. ¿Cómo los dejaban vivir así en la calle? Y nadie hacía nada. Todos los humanos mayores lo veían normal.

Y ni hablar de los viejos. Muchos humanos mayores deambulando porque no tenían dónde dormir. Y si te fijabas bien en la ciudad había muchas casas de humanos vacías. ¿Por qué no dejaban que ahí durmieran sus abuelos? No; los humanos son malos por naturaleza y Segismundo tenía toda la razón. Te haces viejo y te dejan al sol, para que te vayas secando poco a poco. Se olvidan de ti. “No me sirves, ya no te necesito”.

Así piensan los humanos, Segismundo me abrió la mente. Y eso me dolía, me dolía mucho. ¿Qué pensaban hacer Lara y Claudia cuando yo llegue a viejo? ¿Cuándo mis

patas ya no puedan ir tan rápido y mi ladrido sea más grave y no me interese la pelota, ni mi peluche, ni olfatear las huellas de las hermosas san Bernardo que visitan el parque? ¿Qué?

Con Maga y otros colegas llegamos hasta un edificio, que parecía una escuela. "Aquí hay miles de cachorros humanos abandonados; fíjate". Desde afuera los veíamos jugar, algunos de los camaradas con los que iba ya eran amigos de esos pequeños humanos. "Algunos no tienen manada, otros tienen, pero fueron rechazaron, dos o tres llegaron aquí sin saber nada de dónde vienen, otros más perdieron a sus ascendentes y están esperando que una manada nueva los adopte. Casi ninguno tiene suerte, aquí viven hasta que tienen edad de fecundar".

Y yo me ponía a pensar que tampoco sabía nada sobre quién era mi verdadera hembra madre. Solo que nací en una protectora, un "refugio de mascotas", como estos cachorros humanos. Entonces sentí una inmediata empatía por ellos. Los veía y los veía, pensaba en mí mismo. En Patán. Creo que soy un perro sumamente reflexivo, ¿no? Yo seguía viendo a esos niños sin manada, olvidados, perdidos entre otros muchos.

Maga, una tarde me dejó como a esos niños sin manada, solo. Salimos a buscar comida y me indicó que me adelantara. Soy un perro obediente, así que eso hice. Que ella me alcanzaba después, me dijo. "Y deja un rastro en cada esquina, para ir tras de ti". Eso hice hasta que se me acabó, ya no tenía más pipí. Fui dejando gotas y más gotas en todas las esquinas posibles. Bebía agua y seguía caminando, dejando más y más rastros. Maga, lo supe después por un amigo suyo, caminó para el lado contrario.

Sí, ella me había dicho que no me clavara. Que no me hiciera ilusiones, que era una perra libre.

Cuando entendí que Maga no era le perra de mi vida, decidí regresar a casa; la última noche que viví en la calle me quedé dormido frente al edificio de las crías humanas sin familia; ahí, solo. Escuché que un cachorro humano acababa de llegar ahí porque habían desaparecido a su padre y la madre no podía hacerse cargo de él. Quería huir. Tener otra vida. Pero lo metieron a esa escuela de cachorros sin padres.

Algunos perros tenemos más suerte que algunos cachorros humanos.

Desde afuera vi cómo el humanito entró y le asignaron una cama. Un uniforme. No pasaba de los cuatro años en edad humana o tal vez cinco. Me cuesta calcular la edad humana.

Al poco tiempo nos mirábamos. Él desde atrás de la ventana del edificio y yo sentado bajo un árbol. Se paraba de puntas para alcanzar a ver, con los ojos vidriosos. Creí o imaginé que secretamente quería decirme algo, que sus ojos que brillaban y temblaban como gelatina me revelaban algo, alguna cosa. Quizá me decía que regresara a mi casa, que yo era un afortunado por tener alimento Purina tres veces al día, agua limpia y un tapete donde acostarme. Y varias manos para rascarme. Tal vez me quería decir que no hiciera sufrir más a Claudia y a Lara, que mis dueñas me necesitaban, porque yo ya era parte de su vida, porque ellas no me habrían dejado morir como a Segismundo. Y que no todos los humanos son iguales. Que algunos humanos también se preocupan por nosotros.

Quizá ese niño, con su mirada bien clavada en mi, no me quería decir nada, tal vez solo se distraía viendo a un perro que movía la cola, pero yo me convencí que sí, que había llegado el momento de volver a casa, que había pasado el suficiente tiempo; que conocí las patadas, los gritos, los empujones, el hambre, el desprecio, hasta el desamor, de una perra ideal que no lo era tanto. Había vivido las penurias suficientes como para escribir un libro, o una obra de teatro. Podría ser un unipersonal y hacer una gira por todo el país, pensé.

¿Pero cómo volver a casa? La ciudad es grande. La ciudad es caótica. La ciudad es hostil. Muy hostil.

Iba olfateando por ahí, buscando la forma, el camino para regresar a casa. Y pum, pum, pum. Solo sentí el golpe de un fierro. Y me fui a negro.

Antes, antes de que un pesado monstruo de metal del transporte público me arrollara. Antes de sentir el trancazo de la rueda y el impacto de mi cabeza en el asfalto y la sangre correr por mi pelo. La humedad de la sangre, antes de eso. Antes del aullido de dolor, del gemido desesperado e inmóvil por sentir las patas y el torso destrozado. Antes de cerrar los ojos y sacar la lengua y apagar para siempre el hocico, muy poco antes, antes de morir atropellado, acaso unos diez o quince minutos antes, al dar vuelta en una esquina leí un cartel que colgaba de una cabina de teléfono: *Se busca.*

[Foto en blanco y negro de Patán]. Ofrecemos recompensa. Responde al nombre de Patán. Perro sin raza definida. Hermoso, grande y juguetón, le gusta el punk. Lo extrañamos mucho, si lo ve por favor llame al teléfono…

Quizá ese impulso. Ver mi fotografía en la calle, leer mi nombre. Esas ganas por regresar, por entrar otra vez a mi jardín, por arrancar las plantas de las macetas, por acostarme en el sofá rojo; por ladrar por ladrar, ladrar para llamar la atención, ladrar porque sí, ladrar para ahuyentar a un pájaro. Quizá fue eso.

Ese impulso me distrajo. Tal vez también fue la imprudencia del conductor del transporte que iba a exceso de velocidad y frenó de golpe al dar vuelta en una esquina, para entrar a una calle. Y yo estaba ahí y no me vio, ni yo lo vi a él. Estaba en el lugar incorrecto a la hora incorrecta.

Tal vez. Tal vez fue todo eso. Tal vez sólo fue un último ladrido, apagado, casi silencioso, que se quedó colgando de mi cuello, un sonido no de furia, sí de dolor, de un dolor como de inyección, de vacuna antirrábica, pero más bien un eco desde adentro que salió por mis ojos, todavía abiertos y a punto de cerrarse para no volver a abrirse, un ruido desde lo más profundo de mis tripas, desde los huesos ya rotos que sintió hasta el último pelo de mi cola, un algo que solo quería decir y preguntarse:

¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños, y los sueños de perro sueños son.

Oscuridad y aullido.